

**Maria Encarna Sanahuja Yll:
Cuerpos sexuados, objetos y prehistoria.
Ed. Catedra, Madrid, 2002. 227 pp.**

GONZALO RIVERO RODRÍGUEZ*

La diversidad de planteamientos metodológicos es un rasgo destacable en el mundo de la arqueología actual. El procesualismo, reactualizado bajo múltiples y diferentes denominaciones, no parece haberse agotado definitivamente sino que, más bien al contrario, parece constituirse como modelo natural de investigación. Mientras tanto, la confusa y por veces extravagante teoría arqueológica postmoderna, lanza con periodicidad nuevas provocaciones, que abren a su vez debates inéditos hasta el momento sobre la propia esencia de nuestra disciplina. Y si se contradicen y se niegan en sus supuestos teóricos, la distancia merma, e incluso llegan a confluír, si nos reubicamos y adoptamos una nueva perspectiva. Porque esta línea, única y diversa al tiempo, ignorante de su misma presencia, ha ido conformando inconscientemente una visión androcéntrica en

* Universidade de Vigo

el núcleo y en la superficie del corpus teórico de la arqueología prehistórica. En el núcleo, porque no se ha dotado -especialmente el procesualismo- de las herramientas necesarias para evitar el sesgo androcéntrico en su metodología, y en la superficie, porque se ha trasladado hacia el pasado, bajo una pretendida inocuidad, nuestra concepción del presente: hemos buscado y hemos encontrado aquello que íbamos predispuestos a ver. Con este nuevo instrumental, hemos sido conscientes de que las teleologías que pretendíamos haber agotado con la historia nacional romántica todavía siguen vivas. Al menos esa tesis es la que parece subyacer al discurso del libro que nos ocupa y en buena medida, a todo el feminismo.

En nuestra opinión, el éxito del feminismo quizás quepa radicarlo ahí, en su núcleo teórico negativo, en su constante tono crítico con las sombras del pensamiento occidental. V tan grande ha sido la tarea que, para reorientarnos, es necesario abordar sintéticamente sus aportaciones. La misma y propia diversidad de todo cuanto se encierra tras la arqueología de género necesita, en una labor compleja como la de redactar una síntesis, la erudición que permita una revisión global, panorámica, no excluyente, al tiempo que el buen juicio que seleccione, que ordene, que discrimine, lo esencial de lo superfluo. Ese hueco viene a ser llenado con la obra de la profesora Sanahuja VII.

A aquel que, como es el caso del que esto escribe, no le hayan llegado del feminismo teórico más que ecos a través de la literatura de su especialidad, le resultará de especial interés el primer apartado. Este primer capítulo plantea un repaso exhaustivo por el amplio espectro de escuelas que se cobijan en el gran conglomerado que es el *feminismo*. Las preferencias de la autora son evidentes y de hecho las explicita, por lo que no debe sorprender un mayor acercamiento a la teoría de la diferencia y sobre todo al feminismo marxista, incidiendo especialmente en su dimensión política. No es extraño: como teoría que se presenta como alternativa -en este caso al modelo patriarcal-, su finalidad es la transformación de su entorno, así que de nada valdría como mero referente especulativo.

Desde el feminismo radical allesbofeminismo, la obra engloba tendencias por veces contradictorias, pero enriquecedoras en tanto que dan fe de la salud de la que parece gozar este último gran paradigma del siglo XX. El feminismo, como un microcosmos, ha reproducido en su seno la diversidad en la que se ha fraguado la Filosofía en la contemporaneidad: idealismos y materialismos con una presencia constante de la renovación psicoanalítica lacaniana y tendencias que ponen en duda lo que considerábamos, ingenuamente, las bases existenciales del feminismo, tal es el caso de la dicotomía sexo-género. El interés en su praxis política hace que la autora recoja en detalle las perspectivas de reconstrucción social apoyadas en la disolución del patriarcado. El igualitarismo, noción insuficiente para unas, erróneo e incluso contraproducente para otras, no tiene visos de constituir una opción consolidable, así que el nuevo modelo social debe ser capaz de asumir la diferencias esenciales e irreconcilibles entre hombres y mujeres.

En el momento en el que el recorrido se aproxima al desarrollo de la teoría arqueológica bajo el prisma feminista se pone de manifiesto un considerable retraso con respecto a otras disciplinas. Las aportaciones en este sentido parecen restringirse a un espectro bastante limitado de autoras, que cabría encuadrar además, mucho más cerca de la antropología que de la arqueología propiamente dicha. La necesidad de una metodología de investigación del registro que ponga de manifiesto la sexuación del pasado es impostergable, si atendemos a la revisión global que el texto plantea desde su comienzo. Las tradicionales atribuciones mujer - espacio doméstico / hombre - espacio exterior no se sostienen a partir de los datos que poseemos, sino que ha sido una adjudicación *a priori*, como otras tantas, admitida sin crítica. Pero localizar a las mujeres que han transgredido el *orden paterno* (lo que ha sido la vertiente más popular de la *HerHistory*) tiene un interés prácticamente anecdótico en comparación con la verdadera tarea que se le plantea a la arqueología de género. Determinar la importancia de las mujeres en el pasado prehistórico a través de una óptica diferente, alejada de las concepciones coercitivas del poder, o analizar los procesos por los que la actual dominación sexual logró legitimarse, es tanto como plantear dudas sobre la intemporalidad del orden actual. El análisis feminista de la realidad llega mucho más lejos de lo que se había pretendido en primera instancia.

No obstante, la autora no se deja arrastrar por ese sentimiento de desventaja con respecto a ciencias con bases teóricas supuestamente más sólidas y las intenciones renovadoras anunciadas desde la primera página, toman forma en el tercer y cuarto capítulo, en los que se hace una revisión de las interpretaciones feministas de varios temas clásicos de la historiografía arqueológica y, por último, de la posición particular de la autora, autoencuadrada en el marxismo. Lejos de constituir un método retórico de defensa, parece una apelación al debate: a repensar y exigir un replanteamiento integral de las creencias íntimas que fluyen por el discurso de la arqueología prehistórica. Así, los tres temas escogidos (origen de la humanidad, las *venus* paleolíticas y el origen del patriarcado) son una muestra que, aunque con una cierta carga de genealogía acreditativa, resalta las deficiencias fundamentales de las interpretaciones clásicas en nuestra Prehistoria Antigua. Las *venus* paleolíticas podrían ser reflejo de un orden simbólico social basado en la diferencia sexual y no necesariamente un arquetipo de la mujer como reproductora. Del mismo modo, la relación directa entre surgimiento de la propiedad privada y la agricultura y la aparición del patriarcado no supone una secuencia tan diáfana, sino que quizás sea posible darle la vuelta; lo mismo sucede con el modelo del cazador, que no tiene porque haber sido ni el único ni el más extendido.

El capítulo que cierra el libro es, desde nuestra perspectiva, el que tiene un mayor interés para el investigador. La necesidad de revisión de un marxismo, no del todo acomodado a las peculiaridades del análisis arqueológico, se aborda desde la redefinición de la idea de producción. La realidad cotidiana de la investigación da cuenta de lo rudimentario que es el materialismo histórico a la vista de la diversidad de procesos que se ocultan tras el concepto de producción. La arqueóloga Sanahuja VII, dentro de un grupo más amplio de investigadores de indudable prestigio, se ha ocupado de ese descenso al

detalle con la minuciosidad que ha caracterizado tradicionalmente a nuestra disciplina. Términos como *producción de mantenimiento* o *prácticas sociales*, en lugar de las clásicas *relaciones de producción*, se integran en una renovación, ya intuida en otros autores de la antropología marxista, pero que son acomodados a las necesidades de la investigación arqueológica. El retorno a la realidad sensible, de la experiencia que viene a redefinirse con la teoría, se practica a través de un ejemplo hipotético que cierra el libro. Es precisamente este retorno el que se echa de menos en casi todos los textos de teoría arqueológica, demasiado preocupados por la epistemología y demasiado poco por la práctica real.

Es, en conclusión, un texto de un enorme interés sobre una temática que transgrede los límites de lo puramente arqueológico. La relevancia de la arqueología de género en el panorama actual la convierte, en tanto que síntesis, en una obra introductoria, de consulta incluso, con la que es posible empezar a familiarizarse con la conceptualización de esta línea de investigación. No se puede negar, sin embargo, una cierta sensación de exclusión, de extrañamiento con respecto al género masculino, tal vez como evidencia de la ausencia de una verdadera perspectiva integradora, holística en la que también nosotros estemos invitados al discurso feminista.